

bres pueden amar; es decir, que todavía son susceptibles de correccion y enmienda.

### CAPITULO XIII.

#### DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son mas dificiles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazon sin ninguna especie de traba: así parece á primera vista, pero no es así realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazon nos lleva á favorecer á estos mas bien que á aquellos; y nuestra razon y nuestra justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsion, suele inspirarla tambien á los otros, es decir, tiene una desgracia mas, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, ha-

ciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Ademas, la limosna ha de estar en armonía con la situacion del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho, ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazon para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia que disfrutó comodidades y se vé en la indigencia, una prenda de ropatosea que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, marcándole toda la extension de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos: ya se sabe cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, y se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc.

Pero no basta la delicadeza; es tambien necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar mas

apetitoso, cuidemos de que ni por su calidad ni por su precio se aparte mucho de los que él suele y puede usar. Cuando esté restablecido, comerá de todo: cierto; pero bien podrá ser que recuerde aquel alimento, aquella bebida delicada, que él no sabia que existiese, y que le reveló nuestra imprudente bondad: bien podrá ser que caiga en la tentación de saborear otra vez aquellos manjares, cuyo recuerdo le incita; y el pobre se arruina en el momento que deja de ser sóbrio. Tengamos pues con él lujo de amor y de tolerancia; pero en cuanto á proporcionarle goces que no están en armonía con su situación, seamos muy circunspectos, porque las necesidades se crean con mucha facilidad, y se satisfacen muy difícilmente.

La propia consideracion hemos de hacer con respecto á los niños. Convendrá muchas veces que les llevemos golosinas ó juguetes; pero que sean de los que ellos conocen y han adquirido alguna vez y pueden volver á adquirir; de otro modo, sobre establecer dolorosos contrastes, les revelaríamos goces y refinamientos de un mundo, que de-

ben ignorar ú olvidar, si no han de ser muy desgraciados. Cuando la limosna consiste en vestidos, el error es todavía mas fácil, y puede ser mas fatal. Reunimos nuestras ropas usadas y las de nuestros amigos y amigas, y nos complacemos en pasarles revista, en ver que abultan mucho, en notar que aún están vistosas: vamos á poner á nuestros pobres muy majos, y distribuimos mentalmente las prendas de nuestro pequeño vestuario. Nuestra voluntad es buena, Dios la recibe; pero en cuanto á nuestra prudencia, podrá dejar mucho que desear. Es probable que convenga vender ó cambiar, ó cuando ménos variar de forma aquellos vestidos, que pensamos dar tal como están. En algunos casos podemos hacerlo, cuando se trata de familias que han estado bien acomodadas y conservan necesidades y hábitos de otra posición mejor; pero cuando no media esta circunstancia, cierta clase de objetos sobre ser de poca utilidad, porque su delicadeza no está en armonía con el género de vida y costumbres de los que han de usarlos, pueden llevar á una familia pobre

dolorosos contrastes y peligrosas aspiraciones. La vanidad penetra insensiblemente, por todos los poros de nuestra alma, reviste todas las formas, se acomoda á todas las circunstancias, y se alberga indistintamente en el palacio y en la bohardilla. Un vestido dado imprudentemente á una niña, puede preparar el camino á los extravíos de una jóven. Una criatura que se confundia modestamente con las de su clase, puede querer distinguirse de ellas por una dádiva imprudente, que la hace notar ó parecer mas bella. Una vez despertada la vanidad, echa profundas raíces y solo Dios sabe la paz y las virtudes que á ella se inmolan. Cuidemos mucho por nuestra parte de no fomentarla imprudentemente, sobre todo entre las niñas y las jóvenes, que pueden tener en ella un gran escollo para su virtud. Que nuestra limosna socorra necesidades, y no fomente caprichos ni despierte pasiones peligrosas.

## CAPITULO XIV.

### DEL RESPETO AL DOLOR.

El que va en busca de su hermano desvalido para consolarle, no insultará seguramente su desgracia. ¿Para qué recomendarle el respeto al dolor? Porque todos hemos oido decir alguna vez, y acaso hemos dicho:—*Esa gente no siente como nosotros. Los pobres no sienten.*

Comprendemos que los pobres por su género de vida sean ménos susceptibles, y que el hábito de sufrir endurece para los sufrimientos; pero si restáramos de nuestra decantada sensibilidad la hipocresía, que los pobres no tienen, y las conveniencias sociales, que desdeñan y acatamos nosotros, no nos parecería tanta la distancia entre su modo de ser y el nuestro. ¿Qué diferencia esencial hay entre el pobre, que despues de perder á una persona querida, sin consultar mas que su corazon, se va á la taberna, y el ri-

co. que consulta impaciente el calendario para ver el día en que podrá cambiar de traje ó ir al teatro?

Pero supongamos que en general los pobres sienten mucho ménos; admitámoslo como regla: ¿creemos que no tiene excepciones numerosas?

—¿Cómo va, Juan?

—Medianamente, señora: con este tiempo no se puede trabajar. Algunos ratitos, que no llueve, hago algo en la huerta de D. N...y me dan la comida.

—¿Y á donde va V. con ella?

—La llevo á casa.

—¿Poca cosa será para todos!

—Poca; pero á lo ménos así aprovecha: porque comer yo solo, pensando que mi mujer y mis hijos no comen.....

.....  
—¿Qué es eso, pobre María? ¿Se han aumentado los dolores?

—No, señora.

—Pues ¿por qué está V. tan afligida?

—Hoy hace siete años que me despedí

dé la hija de mi alma, que murió en el hospital. Me parece que la estoy oyendo. *¡Adios madre mia, me decía, no nos volveremos á ver!* Y no nos vimos mas. Llegó la hora, tuve que dejarla y murió sin que yo supiese cómo, ni oyera la última palabra que dijo.....

.....  
—¿Qué ha tenido V., Antonia?

—Me encuentra V. muy cambiada, ¿no es verdad?

—¿Ha estado V. mala?

—Sí, señora.

—¿Qué ha sido?

—Una pena, que fué para morir de ella; pero los pobres no morimos de penas.

—Los ricos tampoco. ¿Qué le ha sucedido á V.?

—Mientras hallaba donde recogerme, estaba en aquella casa, que V. sabe, de gente poco buena. Se puso malo el niño, y se me murió en pocas horas. No estaba empadronada; me dijeron que en aquella parroquia no le querian enterrar porque no pertene-

cia á ella; que los iba á comprometer; que no habia médico que diese certificacion de que el niño murió de enfermedad, porque ninguno le habia asistido; que me acusarian de haberle matado... le cojí, yo, su madre, le llevé muerto por las calles, por tantas calles como hay de allí á la inclusa, y le dejé en el torno. Luego eché á correr horrorizada, y despues no sé lo que me pasó, hasta que me ví enferma en el hospital. ....

¡Los pobres tambien sienten! Y cuando uno siente con delicadeza, con vehemencia, es horrible ser pobre! ¡La falta de medios materiales y de consideracion, qué de torturas añade á la pena que Dios envia! Aquella pobre madre ve consumirse lentamente á su hijo. Le dicen que le lleve á tomar baños, ó variar de clima; no puede: que al menos cambie su habitacion por otra menos lóbrega y húmeda; no puede tampoco: que le dé alimentos mas nutritivos; no tiene medios. Al fin le ve caer y espirar. Al mismo tiempo sus hermanos lloran de hambre, y es preciso atenderlos; luego, ren-

dida de cansancio y de dolor, duerme al lado del hijo, que no despertará; por la mañana se horroriza de su sueño, ve sacar el cadáver, sabe que le llevan á la fosa comun, que nunca podrá arrodillarse junto á una cruz y decir llorando:— ¡*Aquí está mi hijo!*

Aun admitiendo por regla que los pobres sienten poco, en honor de la verdad, por cierto muy triste, hay que admitir que esta regla tiene numerosas excepciones. Si no tenemos pruebas, muchas y muy evidentes, de la dureza de un pobre, tratémosle en sus grandes penas como si fuera muy sensible; evitémosle esas escenas desgarradoras que destrozan el alma. Poco se ha perdido si nuestra solicitud no era necesaria: ¡y qué horrible seria que siéndolo faltase, y que añadiésemos al dolor inevitable otros, que hubiéramos podido evitar! En todo, para no faltar nunca, es preciso sobrar muchas veces: sobremos, pues, de tal modo, que el vulgo pueda decir— ¡*Qué necedad!* pero que el hombre caritativo no diga nunca— ¡*Qué dureza!*

---